

LA ÚLTIMA EXPEDICIÓN A «EL MERLOT»

Repetir siempre las mismas historias quizás sea pesado para los jóvenes. Pero los Chapucensis ya no somos precisamente pajarillos recién salidos del nido, sino pajarracos con muchas horas de vuelo y no nos cansa revolotear una y otra vez sobre los parajes entrañables que nos renuevan antiguos recuerdos y sensaciones.

Uno de ellos es «El Merlot», un lugar de difícil clasificación, por lo cual ni lo intentamos. Pero sí que podemos explicar que hacemos allí y porqué.

«El merlot», nombre de variedad viti-vinícola de origen francés y amplia aclimatación, muy apreciado por los beodos de latitudes diversas, da nombre a ese lugar, donde se come, se bebe, se charla, se encuentra inspiración y se ciñen viejas amistades, o se descubren afinidades nuevas.

Hace ya varios años nuestro compañero, José Luís nos inició al peregrinaje a tan recóndito lugar, situado en la singular ciudad de Vic, repleta de arte, iglesias, independentistas, curas y charcuterías. Y, al no menos especial rito que allí se practica



en la ceremonia del ágape auto-servido: Tomamos el plato, cada cual el suyo; nos dirigimos en procesión donde los manjares del entrante y nos servimos a gusto. De vuelta a la mesa degustamos la pitanza. Una vez saboreadas las



legumbres, pasta, arroces y verduras, repetimos la ceremonia para proveernos de las carnes: cordero, ternera, butifarras, «pilota» cocinado a las brasas de lenta combustión. Pan de payés, en cortes gruesos tostado, que cada uno frota con el tomate y rocía con aceite; acompañamiento imprescindible en estas latitudes, amén del «alioli» de manzana, batido con las manos expertas de la Señora Pepita, hostelera-cocinera que junto con su hija Marta atienden al personal provistas de su inefable humor grueso.



Cada uno repite a medida de su apetito, eso sí, sin dejar nada en el plato, so pena de sanción pecuniaria. Los postres clásicos tienen un apéndice único en el mundo que es el emblema de la casa: Coca con chocolate fundido a puñetazos en la misma mesa de los comensales.

Pero como hemos llegado en el tren de las 11.57, apeados ya nos dirigimos a la plaza porticada de la ciudad donde se percibe el palpitar de toda la comarca. En la pastelería adquirimos para comer de inmediato unos «carquiñolis», bordeamos al abrigo de los soportales hasta el ángulo opuesto, donde nos hacemos las fotos de rigor. Luego penetramos en la angosta calle medieval que aloja las charcuterías más insignes. Compramos butifarras, chorizos y panceta para preparar las mejores lentejas, según José Luís que es un experto degustador.



Hecha ya la provisión nos encaminamos hacia la cita principal del día. En la puerta encontramos a nuestro compañero Manel Fe, el benjamín de la asociación, que ha acudido por su cuenta.

Esta ha sido una cita especial, por qué «El Merlot» cierra definitivamente sus puertas por fin de contrato del alquiler. Lamentamos sin dolor, alimentado el estómago y el saco de los recuerdos que mantendremos con las fotos que tomamos en esta ocasión.



A nuestro lado una mesa ocupada por un pequeño grupo de suizos. Ellos se interesan por la inscripción de nuestras camisetas Chapucensis. Les damos explicaciones, les mostramos fotos de nuestras maquetas, charlamos y reímos. La siguiente etapa es el café donde solemos finalizar. Allí nos aposentamos, en corro, en el habitual rincón, apropiado para que José Luís pueda descabezar su imprescindible siesta, y presididos con su inefable autoridad por

nuestro presidente Washington.

Ángel, sociable y seductor pregunta a la camarera que viene a atendernos:

-¿Te acuerdas de mí?- Gesto de sorpresa y negación –Si, que nos hicimos una foto juntos-

- No, no lo recuerdo.- Una vez anotada la comanda, la linda muchacha, marcha, y nosotros le recordamos a Ángel que el año pasado la camarera era una guapa mulata.



- Y, ¿qué más da? Es la camarera, ¿no?- Volvemos a la estación para tomar el tren y Ángel una vez más pregunta a una señora si estamos en el andén adecuado para regresar a Barcelona.

Es que ¿usted sabe?, como nos han mandado a este andén y a nuestra edad uno no está seguro...

Si, si; yo tomo este tren todos los días.



Joaquín entonces, directo, le dice a la señora:

Mire usted, todo este circunloquio es porque él intenta saber qué edad tiene usted. De manera que dígaselo ya y así se quedará tranquilo.

Seguro que usted es más joven que yo.- La señora duda y lanzándose dice: -Yo tengo sesenta y tres.-

Uy! Yo tengo ochos más.- Y, haciendo una histriónica reverencia le toma la mano derecha y le imprime un sonoro beso.- Es usted muy amable.-

En el tren también charlamos con la

revisora:

- Qué elegante va usted. ¿Cómo se llama?-

- María Antonia-

- No me lo creo, me engaña. No tiene cara de llamarse María Antonia.

Y con dos jóvenes, un paseante solitario de la montaña y una jovencita estudiante en biotecnología de la universidad de Vic que merienda yogur y manzana de regreso a su pueblo.

Nosotros también volvemos a casa con los ánimos renovados mientras digerimos el ágape y las aventuras sencillas, solamente un poco más allá de lo cotidiano.

